

BRUTO,  
É DE LOS ILUSTRES ORADORES.

---

DIALOGO.

---

## DE LOS ILUSTRES ORADORES.

---

Cuando volví de Cilicia á Rodas, y supe la muerte de Quinto Hortensio, sentí más grave dolor que lo que nadie puede imaginarse. Porque con la pérdida de tal amigo, no sólo me veía privado de su dulcísima comunicacion y trato, sino que me parecia menoscabada la dignidad de nuestro colegio de los augures. Recordaba yo que él me habia recibido en aquel colegio y hecho la ceremonia de la inauguracion, y prestado juramento en favor mio, por todo lo cual, segun la costumbre de los augures, debia yo considerarle como padre. Aumentaba mi afliccion el observar que en tanta penuria de sabios y buenos ciudadanos, en tiempo tan calamitoso para la república, hubiera venido á morir aquel varon egregio, partícipe de todos mis propósitos y deliberaciones, haciéndonos sentir tanto la falta de su autoridad y prudencia. Y dolíame por haber perdido en él no á un adversario (como muchos creian), ni á un émulo de mi fama, sino á un compañero y hermano en el trabajo y en la gloria. Si de otros artífices en materia más leve, de los poetas, vg., se cuenta que lloraron la muerte de sus iguales, ¿cuánto no debí sentir yo la de aquel con quien era más glorioso pelear que dejar de tenerle por contrario?

Cuanto más que nunca puso él estorbos en mi carrera, ni yo en la suya, sino que mutuamente nos ayudamos, comunicándonos y favoreciéndonos. Pero ya que vivió en perpétua felicidad, y pasó de esta vida, oportunamente para él ya que no para los ciudadanos, en tiempo en que más bien hubiera debido llorar la suerte de la república que aliviarla; y puesto que vivió tan largo tiempo cuanto se pudo vivir quieta y pacíficamente en nuestra ciudad, lloremos, si es necesario, nuestra propia pérdida y detrimento, y recordemos con benevolencia ántes que con misericordia lo oportuno de su muerte, como si le amáramos á él más que á nosotros mismos. Porque si nos dolemos de no poder disfrutar ya de su palabra, desgracia nuestra es que debemos tolerar con resignacion, para que no parezca que vence en nosotros á la amistad el interes privado. Y léjos de compadecernos de Hortensio, envidiemos su extraordinaria felicidad.

Ciertamente que de haber vivido más tiempo, pocas cosas le hubieran afligido tanto (de igual modo que á todos los buenos y rectos ciudadanos) como ver el foro romano (que habia sido teatro de su ingenio) huérfano y despojado. Angustia mi alma el ver que la república yá no echa de ménos las armas del consejo, del ingenio y de la autoridad, en que yo tanto me habia ejercitado, y que tan dignas eran de un varon de levantados pensamientos y de una ciudad bien constituida. Y si hubo algun tiempo en que la autoridad y la palabra de un buen ciudadano pudiera arrancar las armas de manos de las irritadas muchedumbres, fué precisamente cuando el error ó el miedo hicieron imposible la paz. Yo mismo tuve que arrojarme al campo, cuando ya mi edad, cansada de luchas y de honores, hubiera debido refugiarse en el puerto, no de la inercia ni de la desidia, sino del ocio moderado y honesto, y cuando ya mi estilo iba encaneciendo, y acercándose no á la madurez sino á la senectud. Entónces tuve que tomar

alguna vaguedad ó extravagancia. Con los ojos ya atentos, ya sumisos, ya alegres, significamos los movimientos del alma, más conformes con la naturaleza del discurso. Es la accion como la lengua del cuerpo, y por eso ha de seguir siempre al pensamiento. Para declarar los afectos del alma, nos dió la naturaleza los ojos, como dió al caballo y al leon la melena, la cola y los oidos.

»Despues de la voz, lo más poderoso es el semblante, y en éste los ojos. En todo lo que depende de la accion hay una fuerza natural que mueve hasta á los ignorantes, al vulgo y á los bárbaros.

»Las palabras no conmueven á nadie sino al que entiende la lengua, y las sentencias, por demasiado agudas, á veces se dejan entender sólo de ingenios delicados; pero la accion, que expresa por sí los afectos del alma, conmueve á todos y escita las pasiones que cada cual siente en sí mismo y conoce en los demas.

»Grande importancia tiene sin duda en la accion la voz. Hemos de desearla buena, pero sea cual fuere, conviene educarla. El cómo, no es materia propia de este lugar: sólo diré que conviene educarla con mucho esmero, y repetiré lo que ántes dije, que en muchas cosas lo más provechoso es tambien lo más agradable. Para conservar la voz nada más útil que una frecuente variedad de tonos; nada más pernicioso que una entonacion monótona é inflexible. ¿Qué cosa hay más acomodada á nuestros oidos que la alternativa y variada sucesion de tonos? Por eso el mismo Graco (segun puedes oirlo, oh Cátulo, de tu cliente Licinio, hombre literato que le sirvió de esclavo y amanuense) solia tener detras de sí, cuando hablaba, un músico diestro que con una flauta de marfil le daba rápidamente el tono, haciéndole pasar de lo más sumiso á lo más remontado, ó al contrario.

—Sí que lo he oido contar, dijo Cátulo, y he admirado muchas veces así el estudio de este hombre como su doctrina y ciencia.

las armas, cuando los mismos que gloriosamente las habían usado no sabían cómo emplearlas con provecho. Por eso me parecen felices y bien afortunados los que en cualquiera ciudad, pero sobre todo en la nuestra, pudieron disfrutar, á la vez que de la autoridad y de la gloria adquirida con inclitos hechos, del lauro y prez de la sabiduría. El recuerdo de tales hombres me sirve de gran consuelo en mis mayores tribulaciones, y ahora ha venido á refrescarle una conversacion reciente.

Estando ocioso en mi casa, paseándome por el pórtico, vinieron á mí, segun su costumbre, Marco Bruto y Tito Pomponio, grandes amigos entre sí, y que tanto lo son míos, que bastó su vista para hacerme olvidar los tristes pensamientos que me sugería el estado de la república. Despues de saludarnos, les pregunté: «Qué novedad os trae por aquí?

—Nada de particular traemos que decirte, respondió Bruto.»

Y Atico añadió: «Hemos venido con intencion de guardar silencio sobre las cosas de la república, y oír algo de tu boca, más bien que molestarte con nuestros discursos.

—Léjos de eso, Ático, le respondí: vuestra presencia viene á quitarme un grave pesar, y hasta en ausencia me fueron vuestras cartas de gran consuelo, y por ellas volví á mis primeros estudios.

—Leí, contestó Ático, la carta que desde el Asia te escribió Bruto, y parecióme que te aconsejaba con prudencia, y te consolaba amistosamente.

—Bien dices, le respondí, porque despues de leída aquella carta, torné, digámoslo así, á nueva vida. Y así como despues del estrago de Cannas empezó á levantar cabeza el pueblo romano con la victoria de Marcelo en Nola, y siguiéronse despues muchos sucesos prósperos: así despues de tantas calamidades públicas y privadas,

ada, sino la epístola de Bruto, vino á aliviar, siquiera en parte, mis angustias y cuidados.

—En verdad que eso pretendí con mi carta, replicó Bruto, y grande es el fruto que logro en haber conseguido lo que deseaba. Pero quisiera saber qué cartas de Atico fueron esas que tanto te deleitaron.

—Y no sólo me deleitaron, sino que en cierto modo me volvieron la vida, repliqué.

—¿La vida? preguntó él. ¿Qué género de cartas es ese tan excelente?

—¿Pudo, dije yo, serme tan agradable en estos tiempos ninguna dedicatoria como la del libro con que Ático vino á despertarme?

—¿Hablas del libro en que rápidamente, y á mi modo de ver, con mucha exactitud y diligencia, recopiló los hechos pasados?

—Ese mismo libro, ¡oh Bruto! es el que digo que me restituyó á la vida.

—Muy grato es lo que me dices, interrumpió Ático; pero, ¿qué pudiste hallar en ese libro de nuevo ó de útil?

—Nuevas encontré muchas cosas, y saqué de todo la utilidad que buscaba, viendo, gracias al orden cronológico, de una sola ojeada todos los acontecimientos. Y la lectura de tu libro me sugirió la idea de remunerarte con un don, si no igual, á lo ménos agradable: por más que sea tan celebrado entre los doctos el dicho de Hesiodo, que «conviene pagar los beneficios en la misma moneda, ó en mejor, si se puede.» Yo te pagaré con buena voluntad; pero no con un don equivalente, y ruégote que me lo perdones. No puedo ofrecerte frutos nuevos, porque toda la pompa y verdor de mi antigua riqueza se ha agostado y perdido; ni puedo darte tampoco los frutos escondidos y cosechados hace largo tiempo, porque tengo cerrado todo camino para hallarlos, yo que era ántes casi el único en poseerlos. Sembramos, no obstante, algo, aunque sea en inculto y desde-

hado suelo, y cultivémoslo con tal amor y diligencia, que con los frutos podamos corresponder á la riqueza de tus dones. Quizá suceda á nuestro ingenio lo que al campo, «que suele producir mejores frutos despues de haber descansado muchos años.»

A esto replicó Atico: «Esperaré que cumplas tu promesa, y muy grato me será verla cumplida, no tanto por mi bien, como por el tuyo.

—Yo tambien, continuó Bruto, me holgaré de que cumplas lo que á Ático tienes prometido, y quizá me convierta voluntariamente en procurador suyo, aunque él no quiera exigirte el forzoso cumplimiento.

—No pagaré tal deuda, Bruto, repliqué, si ántes no me prometes no empeñarte en peticiones ajenas.

—A fe que ni áun eso me atrevo á prometerte, contestó, porque conozco que este mismo, que no quiere pasar por importuno solicitador, ha de ser, sin embargo, asiduo y molesto hasta que alcance de tí lo que desea.

—Verdad dice Bruto, añadió Pomponio, y ya que te encuentro más alegre que de ordinario, y Bruto se ha encargado de reclamar en mi nombre lo que me debes, vuelvo á unir mis ruegos á los suyos.

—¿Qué quereis, pues?

—Que escribas algo, ya que hace tanto tiempo callas. Nada tuyo hemos recibido despues de aquellos libros *De la Republica*, que despertaron en nosotros el deseo de compendiar los antiguos anales. Ahora, si tienes espacio y el ánimo tranquilo, responde á lo que te preguntaremos.

—¿Y qué es ello? dije.

—Lo que en el Tusculano comenzaste acerca de la historia de los oradores; cuándo comenzaron á florecer, y cuál es el mérito de cada uno. Me acuerdo que referí á Bruto esta conversacion tuya, ó, por mejor decir, nuestra, y manifestó grandes deseos de volver á oirla. Para eso elegimos este dia, que sabiamos que tenías desocupado. Repítenos,

pues, á Bruto y á mí, si no te es molesto, lo que entónces comenzaste á tratar.

—Procuraré satisfaceros, si puedo.

—Podrás ciertamente, si por un breve rato sosiegas tu ánimo.

—Acuérdome, Pomponio, que aquella conversacion nació de haber dicho yo que Bruto habia defendido elocuentísimamente la causa del fidelísimo y óptimo rey Deyotaro.

—Por ahí comenzaste, dijo Atico, lamentándote de la suerte de Bruto, y de la soledad y abandono de la tribuna y del foro.

—Sí que lo hice, y con frecuencia torno á considerar, oh Bruto, qué suerte estará deparada á tu admirable genio, exquisita doctrina y aplicacion singular. Cuando estabas versado en los más altos negocios, y nuestra edad se inclinaba, digámoslo así, en tu presencia, y abatía las fascas ante tí, comenzó á decaer todo en nuestra ciudad y á enmudecer la elocuencia.

—Siento, respondió Bruto, las demas calamidades, y mucho debemos dolernos de ellas; pero en cuanto á la elocuencia, no me deleita tanto el fruto y la gloria como el estudio mismo y el ejercicio, y esto nadie me lo podrá arrebatar, sobre todo abundando tú en las mismas aficiones. Nadie puede hablar bien, sino el que juzga rectamente. Por eso el que ama y procura la verdadera elocuencia, anhela tambien la sabiduría, de la cual nadie puede prescindir impunemente, aún en medio de las luchas más encarnizadas.

—Bien dices, Bruto, interrumpí yo, y tanto más me agrada ese elogio de la oratoria, cuanto que nadie hay tan humilde que no espere alcanzar ó no juzgue haber alcanzado las demas cosas que se tienen por de grande honra en la república; pero á nadie le ha hecho elocuente la victoria. Mas si os place que nuestra conversacion sea detenida y sosegada, sentémonos ante todo.»



Parecióles bien lo que yo decia, y tomamos asiento en el prado junto á la estatua de Platon.

Entónces comencé á decir: «No es propio de este lugar ni necesario hacer el elogio de la oratoria, ni ponderar su fuerza y la gloria y dignidad que procura á los que en ella se aventajan. Solo diré, sin ninguna duda, que adquirérase por el arte, por el ejercicio ó por la naturaleza, es la cosa más difícil de todas. Cada una de las cinco partes en que suelen dividirla, es por sí un arte muy dificultoso. Juzgad cuánto lo será el llegar á reunir las cinco.

»Testigo sea la Grecia. Con haber sido tan amante de la elocuencia y haberse aventajado en ella á los demas pueblos, vió florecer y fructificar todas las artes ántes que la copia y gala del bien decir. Cuando en ella pienso, amigo Ático, vuela mi mente á tu querida Aténas, donde por primera vez brillaron oradores y empezó á conservarse por escrito su poderosa palabra. Y con todo, ántes de Pericles, de quien quedan algunos discursos, y de Tucídides (los cuales, uno y otro, florecieron no en los orígenes sino en el apogeo de Aténas), no hay escrito alguno en prosa que tenga ornato de dición y merezca el nombre de oratorio. Es comun opinión, sin embargo, que Pisistrato, anterior á éstos en muchos años, y Solon, que todavía lo fué más, y despues Clístenes hablaron tan bien quanto lo permitia su época. Algunos años despues, segun puede conjeturarse por los monumentos áticos, floreció Temístocles, tan insigne por la fuerza de la palabra como por la prudencia. Á éste sucedió Pericles, por tantas razones celebrado, y más que por ninguna, por ésta. El mismo tiempo alcanzó Cleon, ciudadano turbulento, pero elocuente. A su lado brillaron Alcibiades, Critias, Terámenes. Del gusto que en esta edad reinaba, puede juzgarse por los escritos de Tucídides, que tambien escribió entónces. Solemnes en las palabras, abundantes en las sentencias, breves y concisos, y, por lo mismo, oscuros á veces.

»Entónces tambien, observando el valor que tenfa todo bien elaborado discurso, surgieron los primeros maestros de retórica: Gorgias Leontino, Trasímaco de Calcedonia, Protágoras de Abdera, Pródico de Ceo, Hippias de Elea, y otros muchos que prometian con arrogancia enseñar el arte de *hacer superior, por el modo de defenderla, la causa inferior*.

»Á ello se opuso Sócrates, que refutaba las pretensiones de éstos con cierta agudeza de diction. De su enseñanza salieron doctísimos varones, y entónces, segun dicen, nació la verdadera filosofía, no la que trata de las cosas naturales (que esta era más antigua), sino la que discurre acerca de los vicios y virtudes, y vida y costumbres de los hombres. Pero como este género difiere tanto del que ahora estudiamos, guardemos á los filósofos para mejor ocasion, y volvamos á los oradores.

»Con la vejez de los ya citados coincidió la aparicion de Isócrates, cuya escuela fué como el taller y oficina para toda la Grecia. Grande orador, gran maestro, aunque nunca se encendió con el sol del foro, y vivió encerrado entre paredes. Así y todo, consiguió tal gloria, que nadie le ha igualado despues. Escribió mucho y muy bien; adoctrinó á muchos, y entre las cosas que supo primero que nadie, debe contarse el arte de dar número y armonía á la prosa, sin tropezar en el metro. Antes de él, nadie habia hecho estudio de la estructura de las palabras, y de la construccion de los períodos, y si alguna vez acertaban, parecia acierto casual, y por esto mismo más laudable que si se fundase en razon y observaciones. La naturaleza misma cierra y redondea los periodos, y hace que las cadencias sean armoniosas. El oido distingue y se complace en lo que es lleno y numeroso, y el aliento mismo señala necesariamente ciertas pausas, que no se pueden infringir sin grave y reprehensible defecto.

»Entónces floreció tambien Lisias, no versado tampoco

en las causas forenses, pero agudo y elegante escritor, á quien casi puede llamarse orador perfecto, sólo inferior á Demóstenes, porque á éste falta muy poco para la soberana perfeccion. En las causas que dejó escritas, no se echa de ménos ningun género de agudeza, de habilidad ó ingenio: nadie ha hablado con más lucidez, sobriedad, correccion y agrado: nadie tampoco ha sido más grandioso, más vehemente y arrebatado, ni más pródigo en riquezas y esplendores de diction.

»No léjos de él descuellan Hipérides, Esquines, Licurgo, Dinarco, Démades (de quien no queda ningun escrito), y otros muchos. Esta edad fué la más rica de todas, y hasta ella se mantuvo incorrupto el vigor y la sangre del estilo, la natural y no postiza elegancia.

»A estos ancianos sucedió el jóven Demetrio Falereo, más erudito en verdad que todos, pero hábil para la palestra y no para las armas. Por eso deleitaba á los Atenienses y no los inflamaba. Habia salido al sol y al polvo, no desde una tienda militar, sino de la sombría escuela del doctísimo Teofrasto. Él fué el primero en hacer mueile y femenina la oracion: quiso ser elegante más que elocuente, y su elegancia fué de la que adormece los ánimos, no de la que los conmueve y deja clavado el aguijon en la memoria de los oyentes, como de Pericles escribió Eúpolis.

»¿Veis cuánto tardó en desarrollarse la elocuencia en la misma ciudad donde fué nacida y educada? ¿Veis que hasta el tiempo de Solon y de Pisistrato, nadie logró fama de elocuente? Y éstos, aunque antiguos, comparados con la edad del pueblo romano, son modernos respecto de la antigüedad de Aténas, y aunque vivieron en tiempo de Servio Tulio, ya llevaba Aténas muchos más siglos de existencia que los que tiene Roma al presente. Creo, sin embargo, que fué grande en todos tiempos el poder de la palabra. De otra suerte, ¿cómo hubiera encarecido tanto Homero la elocuencia de Ulises y de Néstor, atribuyendo al uno energía,

y al otro suavidad, si entónces no hubieran estado en grande aprecio las facultades oratorias? El mismo Homero hubiera sido un grande orador. Y aunque la época en que floreció es incierta, consta siempre que fué muchos años ántes que Rómulo, y ántes que el primer Licurgo, legislador de Lacedemonia.

»Aún se vislumbra que debió de ser mayor el estudio y el arte en Pisistrato. Un siglo más adelante florece Temístocles, muy antiguo para nosotros, moderno para los Atenenses. Alcanzó los mejores tiempos de Grecia, miéntras que nosotros apénas acabábamos de libertarnos de la tiranía de los reyes. La guerra de los Volscos, en que intervino el desterrado Coriolano, es casi contemporánea de la guerra de los Persas, y los varones que en una y otra intervinieron parécense en la mala fortuna, porque entrambos, con ser ilustres ciudadanos, se pasaron al enemigo movidos por la injusticia de su pueblo, y sólo dieron reposo á sus iras con voluntaria muerte. Pues aunque tú, Ático, refieras de otra manera la muerte de Coriolano, me has de permitir que siga la comun opinion.»

Entónces me interrumpió riéndose: «Por mí puedes hacerlo, si gustas, ya que siempre fué lícito á los retóricos mentir algo en cosas de historia, para hacer más amenos sus discursos. Lo que dices de Coriolano, lo fingieron también de Temístocles Clitarco y Stratocles. Y por más que Tucídides, que era Ateniese y de noble familia, y muy bien informado y no muy posterior, dice tan sólo que Temístocles murió y fué enterrado secretamente en el Atica, y que corrieron sospechas de que se habia suicidado con veneno, añaden éstos que inmoló un toro, y recogió la sangre en una copa, y habiéndola bebido murió. Sin duda les pareció esta muerte retórica y trágica, al paso que la otra muerte vulgar nó ofrecia materia alguna de exornacion. Pero si te cuadra sostener que todo fué igual en Temístocles y en Coriolano, por mi parte te cedo todo, incluso la copa y la víc-

líma, para que en todo sea Coriolano otro Temístocles.

—Sea como gustares, contesté, y de aquí en adelante estudiaré con más cautela la historia romana, siguiéndote á tí, á quien puedo llamar el más concienzudo de los analistas. Volviendo á mi asunto, diré que Pericles, hijo de Xantipo, fué el primero en aplicar los conocimientos filosóficos á la elocuencia, y educado por el físico Anaxágoras, descendió de las materias más recónditas y abstrusas al foro y á las causas populares. Su elegancia encantó á los Atenieses, y admiraron la riqueza y copia de su estilo, su fuerza en el decir y el terror que infundía.

»Esta primera edad de la elocuencia produjo, pues, en Atenas un orador casi perfecto. Porque no en los que constituyen y organizan la república, ni en los que hacen la guerra, ni en los que viven sometidos á la dominacion de los réyes suele nacer jamás el anhelo de la elocuencia. Esta es compañera de la paz y de la libertad; es como alumna de las ciudades bien constituidas. Por eso dice Aristóteles, que cuando fueron desterrados de Sicilia los tiranos, y tornó, tras largo intervalo, la libertad de los juicios; el natural y despierto ingenio de los Sicilianos, dados á toda controversia y disputa, hizo nacer el arte y los preceptos, que escribieron Córax y Tisias. Porque ántes nadie hablaba con arte y esmero, aunque muchos escribieron admirablemente. Protágoras dejó una coleccion de *disputaciones ó lugares comunes*, que decimos ahora. Gorgias compuso elogios y vituperios de muchas cosas, porque creia que el principal oficio del orador es encarecer el valor de una cosa con alabanzas ó rebajarla con vituperios. Cosas por el estilo escribió Antifon Ramnusio, de quien dejó consignado su discípulo Tucídides que nadie se defendió mejor que él de una acusacion capital en causa propia. Lisias fué el primero en sostener que habia un arte oratorio; despues prescindió del arte y se dió á escribir oraciones para otros, viendo que Teodoro era docto en el arte, pero pobrisimo

en los discursos. Por el contrario, Isócrates sostuvo al principio que semejante arte no existía, y se ejerció en componer discursos para quien se los encargaba; pero habiendo sido llamado á juicio como contraventor de la ley, que mandaba que cada uno defendiese su causa, dejó de hacer oraciones, y se dedicó enteramente al arte.

»Ya ves los orígenes de la elocuencia entre los Griegos, antiguos si se comparan con nuestros anales, modernos con relación á los suyos. Antes que Aténas cobrara amor á la elocuencia, había llevado á cabo muchas y memorables acciones en paz y en guerra. Y aún ese estudio no era común en Grecia, sino propio y exclusivo de los Atenienses. ¿Quién tiene noticia de ningún orador argivo, corintio ó tebano, á no ser que contemos en ese número al docto Epaminondas? De Lacedemonia no sé que saliera ninguno hasta nuestros tiempos. A Menelao le elogia Homero, como á hombre de pocas aunque dulces palabras. Y aunque la brevedad merezca alabanza en algunas partes del discurso, no así en su totalidad.

»Fuera de Grecia, no dejó de haber grandes estudios de Retórica, y alcanzó el nombre de orador gloria no pequeña. Mas así que la elocuencia salió del Pireo, peregrinó todas las islas y llegó hasta el Asia, se fué contagiando con las costumbres extranjeras, y perdiendo aquella sanidad y pureza de la dición ática. Y no por eso son despreciables los oradores asiáticos: tienen rapidez y elegancia, pero son redundantes y nada sobrios. Los Rodios son de mejor gusto y se parecen más á los Áticos. Pero baste ya de los Griegos, aunque esto mismo no era necesario para nuestro propósito.

—No sé si era necesario, respondió Bruto; pero ciertamente ha sido agradable, y se nos ha hecho muy corta la digresión.

—Sea en hora buena, dije yo; pero vengamos á los nuestros, de quienes es difícil conjeturar más de lo poco que resulta de los monumentos.

»¿Quién creará que faltó prontitud é ingenio á Lucio Bruto, cabeza de vuestra familia, el que tan aguda y atinadamente interpretó el oráculo de Apolo, cuando le mandaba besar á su madre, y ocultó con apariencias de locura su prudencia suma; y expulsó á un rey poderosísimo, hijo de otro rey todavía más ilustre, y librando la ciudad de una dominacion perpétua, la sujetó á magistrados anuales, á leyes y fórmulas de juicios; y destituyó del poder á su colega para borrar de la ciudad hasta la memoria del nombre real; todo lo cual no hubiera podido conseguir ciertamente sin el poder de la palabra?

»Vemos tambien que pocos años despues de la expulsion de los reyes, cuando la plebe se retiró á la orilla del Anio, junto al tercer miliario, y ocupó el monte que llaman Sacro, el dictador Marco Valerio calmó con su palabra la discordia, y por esto se le tributaron grandísimos honores y fué el primero que recibió el nombre de Máximo. Ni creo que faltó elocuencia á Lucio Valerio Potito, que con leyes y oraciones mitigó la indignacion del pueblo contra los senadores, despues de la tiranía de los decenviros.

»Podemos sospechar tambien que era elocuente Apio Claudio, puesto que hizo mudar de parecer al Senado, que se inclinaba ya á la paz con Pirro. Y debió de serlo tambien Cayo Fabricio, que fué de embajador á Pirro para tratar del canje de los prisioneros; y Tito Coruncanio, de quien consta por los anales de los Pontífices que fué de grande ingenio; y Marco Curio, que siendo tribuno de la plebe, y celebrando el interrey Apio el Ciego comicios contra ley, cuando no habia cónsules plebeyos, obligó á los senadores á anular aquel acto, lo cual fué grande atrevimiento, porque aún no se habia promulgado la ley Menia.

»Tambien puede conjeturarse algo del ingenio de Marco Popilio, que siendo cónsul, y haciendo un sacrificio público, como *Flamen Carmental* que era, recibió noticia de que la plebe estaba amotinada contra los patricios, y en

seguida, vestido aún con el traje sacerdotal, se presentó en el foro y calmó la sedición con su autoridad y con su palabra. Pero no me acuerdo de haber leído que á ninguno de éstos se los llamara entónces oradores, ni que hubiera premio alguno para la elocuencia; sólo por conjeturas me inclino á sospecharlo.

»Dícese tambien que Cayo Flaminio, el que, siendo tribuno de la plebe, dió una ley sobre la particion del campo Gálico y Piceno, y siendo cónsul murió en la batalla del lago Trasimeno, dominaba al pueblo con su palabra. En aquel tiempo pasaban tambien por oradores Quinto Máximo Verrucoso, y Quinto Metelo, que en la segunda guerra púnica fué cónsul con Lucio Veturio Filon.

»Pero el primero de quien claramente conste que fué elocuente, y que se le tuvo por tal, es Marco Cornelio Cetego, de cuya elocuencia testifica un tan excelente juez como Quinto Ennio, que le habia oido y que le elogió cuando ya Cetego habia muerto: lo cual aleja toda sospecha de que la amistad le cegara. Dice así, si mal no recuerdo, en el libro nono de sus Anales: «El orador de suave palabra, Marco Cornelio Cetego, colega de Tuditano, hijo de Marco.» Le llama orador, le atribuye suavidad de palabra, cualidad que ahora mismo es muy rara, porque los oradores ladran más bien que hablan. En verdad que no es éste el menor elogio que de un orador puede hacerse. Y prosigue Ennio: «A éste llamaron los hombres de aquella edad la flor y la nata del pueblo.» Y con razon en verdad. Pues así como la gloria de un hombre es el ingenio, así la luz del ingenio es la elocuencia, y al varon que en ella sobresalia, acertaron los antiguos en llamarle flor del pueblo. Y añade Ennio que tambien le llamaban *Médula de la persuasion*, á la manera que Eúpolis dejó escrito que la diosa de la persuasion moraba en los labios de Pericles. Este Cetego fué cónsul con Publio Tuditano en la segunda guerra púnica, siendo cuestor Marco Caton, es decir, ciento cua-



renta años ántes de mi consulado, y á no ser por el testimonio de Ennio, hubiera sepultado el olvido su memoria como la de tantos otros. Cuál era el estilo de aquella edad, puede juzgarse por los escritos de Nevio, que murió en ese consulado, segun resulta de los antiguos anales, por más que nuestro Varron, diligentísimo investigador de la antigüedad, piense que en esto hay error, y alargue más la vida de Nevio. Porque Plauto murió siendo censor Caton, en el consulado de Publio Claudio y Lucio Porcio, veinte años despues que los cónsules que ántes dije. A este Cetego sigue en antigüedad Caton, que fué cónsul nueve años despues de él, y murió en el consulado de Lucio Marcio y Marco Manilio, ochenta y tres años ántes de ser yo cónsul.

»No puedo presentar escritos de ningun orador antiguo, como no sea la oracion de Apio el Ciego sobre Pirro, y algunos elogios fúnebres; y á fe mia que de éstos quedan muchos, porque las mismas familias los guardaban como recuerdos y monumentos, ya para hacer uso de ellos cuando alguno del mismo linaje moria, ya para memoria de sus hazañas domésticas, ya para testimonio de su nobleza. Estos elogios sólo han servido para llenar de mentiras nuestra historia. En ellos están escritas mil cosas que nunca fueron: falsos triunfos, muchos consulados y genealogías falsas; como que no pocos hombres de la ínfima plebe se atribuian el nombre y la gloria de ilustres familias, como si yo dijera que descendia del patricio Marco Tulio, que fué cónsul con Servio Sulpicio diez años despues de la expulsion de los reyes.

»Las oraciones de Caton no son ménos que las del ático Lisias. Y le llamo Ático, porque ciertamente nació y vivió y murió en Aténas; aunque Timeo, como si se fundase en la ley Licinia ó Mucia, quiere hacerle Siracusano: y hasta en esto hay alguna semejanza entre Caton y Lisias. Los dos son agudos, elegantes, ingeniosos y concisos; pero el Griego es más afortunado en todo. Tiene ciertos

admiradores que no se fijan tanto en el gallardo arreo de sus discursos como en la elegancia, y se contentan con aquel estilo tenue y sutil, por más que Lisias tenga á veces tanto nervio como cualquier otro orador.

»Pero á Caton, ¿quién de nuestros oradores actuales le lee, ni le conoce siquiera? Y sin embargo, ¿qué hombre tan grande, oh Dioses! No le considero ahora como ciudadano, como senador ó como general. Hablo sólo del orador. ¿Quién más grave que él en los elogios? ¿Quién más acre en los vituperios, más agudo en las sentencias, más sutil en el razonamiento? Conozco de él más de ciento cincuenta oraciones llenas de palabras y sentencias notables. Eligiéndolas con buen gusto, se hallarán en él todas las cualidades oratorias. ¿Y sus *Orígenes* carecen por ventura de alguna flor ó lumbre de elocuencia? Ya sé que le faltan aficionados, como faltan hace mucho siglos á Philisto Siracusano, y al mismo Tucídides. Porque la concision, á veces oscura, de éstos, y su brevedad y excesiva agudeza las oscureció Teopompo con la alteza y esplendidez de sus discursos, y lo mismo ha sucedido á Caton con los que despues en estilo más elevado y pomposo han escrito. Y aquí es de notar, que ponderando tanto la agudeza de los Áticos en Hipérides y en Lisias, no la quieren reconocer en Caton. Dicen que se deleitan con el estilo ático. Hacen bien; pero ojalá que imitasen no sólo los huesos sino tambien la sangre. Agrádame, sin embargo, lo que pretenden. Pero ¿por qué admiran tanto á Hipérides y á Lisias y no se acuerdan de Caton? Se dirá que su lenguaje es anticuado, y rudas sus palabras. Así se hablaba entónces. Corrige tú lo que él no pudo corregir, añade la armonía y la composicion de las palabras, de que los mismos Griegos antiguos no se cuidaban, y no encontrarás ninguno superior á Caton. Es admirable el acierto y la frecuencia con que emplea las traslaciones que los Griegos llaman tropos, y las figuras de diction y de sentencia que apellidan schemas.

»No ignoro que todavía no es un orador culto, y que se concibe mayor perfeccion, como que es tan antiguo comparado con nosotros, que ántes de él no hay escrito alguno digno de leerse. En todas las artes se estima mucho á los que dieron los primeros pasos. ¿Quién no conoce que las estatuas de Canaco son demasiado rígidas, y no imitan con verdad? Las de Calamis son todavía duras, pero ménos que las de Canaco: las de Miron se acercan más á la verdad, y casi pueden llamarse bellas: las de Policleto son todavía más hermosas y casi pueden decirse perfectas. Lo mismo sucede en la pintura, donde aplaudimos las formas y las líneas de Ceusis, de Polignoto, de Timantes y de todos los demas que sólo usaron cuatro colores. Pero en Aecio, Nicomaco, Protógenes y Apeles, es ya todo perfecto. Pienso que en todas las demas artes sucede lo mismo, porque nada ha sido inventado y perfeccionado en un dia.

»No ha de dudarse que ántes de Homero hubo poetas, segun puede colegirse por los versos que supone que se cantaban en la mesa del rey de los Feacios, y en la de los pretendientes de Penélope. ¿Y dónde están nuestros antiguos versos «los que en otro tiempo cantaban los Faunos y los sacerdotes, cuando nadie habia superado los escollos de las musas, ni era estudioso del ritmo?» Así dice Ennio, y se gloria no sin razon, porque las cosas pasaron como él las cuenta. La *Odisea* latina es como el laberinto de Dédalo, y las fábulas de Livio Andrónico no valen la pena de leerse dos veces. Este Livio fué el primero que escribió una comedia, un año ántes que naciera Ennio, en el consulado de Cayo Clodio (hijo del Ciego), y de Marco Tuditano, el año 514 de la fundacion de Roma, segun dice Ático, á quien yo sigo, ya que hay controversia entre los escritores sobre la cuenta de los años. Accio escribe que Livio fué hecho prisionero por Quinto Máximo en la toma de Tarento, treinta años despues de la fecha en que ponen la representacion de aquella comedia Ático y los anales antiguos, y sostiene

que fué representada once años despues, en el consulado de Cayo Cornelio y Quinto Minucio, en los juegos que Livio Salinator habia prometido con ocasion de la batalla de Sena. En esto Accio cometió un grave yerro, porque en tiempo de esos cónsules tenía once años Ennio, y en ese caso hubiera sido Livio posterior á Plauto y á Nevio, que habian escrito muchas comedias ántes de ese consulado.

»Y si esto no te parece pertinente al asunto, oh Bruto, echa la culpa á Ático, que excitó en mí el deseo de estudiar la cronología de las vidas de los grandes hombres.

—A mí, dijo Bruto, me deleita mucho esa cronología, y creo que para la claridad es muy conveniente dividir en épocas á los oradores.

—Bien dices, contesté, Bruto, y ojalá existiesen aquellos versos que, segun nos dejó escrito Caton en sus *Orígenes*, se cantaban muchos siglos ántes de él en los convites. Y la misma guerra púnica de Nevio, á quien cuenta Ennio entre los faunos y profetas, nos deleita como si fuese una obra de Miron. Sea en buen hora Ennio más perfecto, pero de seguro que si hubiera despreciado absolutamente á su predecesor, no hubiera omitido la primera guerra púnica entre tantas como describió. Él alega por razon que ya otros la habian escrito en verso. Ciertamente que sí, y en buenos versos, aunque ménos cultos que los suyos, que tomó muchas cosas de Nevio, confesándolo, ó las robó sin confesarlo.

»En tiempo de Caton florecieron, aunque eran de más edad que él, Cayo Flaminio, Cayo Varron, Quinto Máximo, Quinto Metelo, Publio Léntulo, Publio Craso, que fué cónsul con Escipion el primer Africano. Sabemos que el mismo Escipion no era torpe ni inculto para hablar. Su hijo, el que adoptó al otro Escipion hijo de Paulo Emilio, hubiera pasado por muy elocuente si las dotes del cuerpo le hubiesen acompañado. Así lo indican sus breves oraciones, y la historia que escribió en griego, en estilo muy dulce.

»Tampoco debe omitirse á Sexto Elio, sapientísimo en el derecho civil, pero al mismo tiempo hábil en la oratoria. Entre los de menor edad ha de contarse á Cayo Sulpicio Galo, que se dedicó más que ningun otro patricio á las letras griegas, y pasó por buen orador y por hombre culto y elegante en todo. Su estilo era ya más fogoso y espléndido. Siendo él pretor, y celebrando los juegos de Apolo, en el consulado de Quinto Marcio y Cneo Servilio, murió Ennio poco tiempo despues de haber hecho representar su tragedia de *Tiestes*.

»El mismo tiempo alcanzó Tiberio Graco, hijo de Publio, que fué dos veces cónsul y censor, y del cual se conserva una oracion griega pronunciada ante los Rodios. Consta que fué grande y elocuente ciudadano. Tuvieron tambien fama de elocuentes Publio Escipion Nasica, por sobrenombre Córculo, el cual fué dos veces cónsul y censor; Lucio Léntulo, que fué cónsul juntamente con Cayo Fígulo, Quinto Nobilior, hijo de Marco, dedicado como su padre al estudio de las letras, el cual, siendo triunviro para establecer una colonia, otorgó el derecho de ciudadanía á Quinto Ennio, que habia militado con su padre en Etolia; y Tito Annio Lusco, colega de Quinto Fulvio.

»Tambien Lucio Paulo, padre del Africano, hablaba como conviene á un varon principal. Alcanzó la era de Caton, que murió á los sesenta y cinco años, habiendo pronunciado ante el pueblo el mismo año de su muerte una tremenda inventiva contra Servio Galba, la cual conservamos hoy escrita.

»En vida de Caton florecieron á un tiempo muchos oradores más jóvenes que él. Aulo Albino, el que escribió en griego una historia, y fué cónsul con Lucio Lúculo, tuvo reputacion de hombre literato y docto, y tambien Servio Fulvio, y Servio Fabio Pictor, muy versado en el derecho y en las letras, y en la antigüedad; Quinto Fabio Labeon obtuvo casi las mismas alabanzas. Y fué tenido por exco-

lente orador Quinto Metelo (cuyos cuatro hijos fueron cónsules), que defendió á Lucio Cota de las acusaciones de Escipion el Africano. Quedan otras oraciones suyas, entre ellas una contra Tiberio Graco, copiada en los anales de Cayo Fannio.

»No alcanzaron ménos fama de elocuentes el mismo Lucio Cota, y Cayo Lelio, y Publio Escipion el Africano, de quienes quedan algunos discursos, bastantes para juzgar de su ingenio. Pero á todos los de su tiempo se aventajó sin controversia Servio Galba, que fué el primero de los latinos en lograr todos los efectos oratorios, el primero en atender al ornato del discurso, en deleitar los ánimos, en conmever, en amplificar, en excitar las pasiones y en usar de los lugares comunes. Pero no sé por qué fatalidad los discursos suyos que hoy tenemos son más áridos y tienen más aire de antigüedad que los de Lelio, los de Escipion ó los del mismo Caton: por eso están casi olvidados.

»Aunque lo mismo á Lelio que á Escipion se les concede por todos el lauro del ingenio, no ha de negarse que Lelio lo merece más. Y, sin embargo, la oracion de Lelio sobre los colegios sacerdotales no es mejor que cualquiera de las de Escipion, y no porque deje de tener austeridad religiosa, sino porque el estilo es mucho más hórrido y vetusto que el de Escipion. Depende esto, á mi ver, de que Lelio se inclinaba más á la imitacion de los antiguos y le agradaba usar de palabras arcaicas.

»Pero suelen resistirse los hombres á reconocer en una sola persona actitudes diversas. Y así como todos confiesan la superioridad militar de Escipion el Africano, por más que sepamos que Lelio demostró gran valor y pericia en la guerra de Viriato, así los antiguos atribuyen á Lelio la superioridad en ingenio, letras, elocuencia y sabiduría; y pienso que no sólo por el juicio ajeno sino por el de ellos mismos, vino á hacerse esta especie de distribucion. Porque como era entónces la gente más modesta

y candorosa, fácilmente otorgaba á cada uno lo suyo.

»Recuerdo haber oido contar en Esmirna á Publio Rutilio Rufo, que siendo él muy jóven, se mandó por *senatus-consulto* que los cónsules Publio Scipion y Décimo Bruto hiciesen informacion sobre un crimen grave y atroz. Era el caso que en la selva Stancia se habia dado muerte á ciertos hombres muy conocidos, y se sospechaba de los siervos, y áun de algunos hombres libres que tenian la contrata de la pez, otorgada por los censores Publio Cornelio y Lucio Mummio. Defendió Lelio la causa de los arrendadores con tanto esmero y elegancia como solia. Habiendo prolongado los cónsules la decision de la causa, volvió á los pocos dias Lelio á hablar todavía mejor y con más arte, y tornaron los cónsules á dilatar el negocio. Al volver á su casa Lelio, acompañado de sus amigos que le daban las gracias y le rogaban que no se fatigase, dijoles que habia puesto todo esmero en la defensa por tratarse del honor de ellos, pero que creia que aquella causa debia defenderla Servio Galba, porque tenia más fuerza y vehemencia en el decir. Y así, movidos por la autoridad de Cayo Lelio, los publicanos llevaron la causa á Galba. Él dudó en aceptarla, por tener que hablar despues de tan gran varon como Lelio. Pasó medio dia en considerar y meditar la causa, y en la mañana del dia señalado para la vista, el mismo Rutilio vino á casa de Galba á ruego de sus compañeros para recordarle que se pasaba el tiempo, y le encontró con algunos siervos ocupados en escribir lo que él les dictaba, pues podia dictar á varios á un tiempo. Cuando llegó la hora, salió de su casa con tal calor y tales ojos, que parecia que habia defendido ya la causa. Con él salieron sus escribientes fatigados de tanto trabajo. ¿Y qué más? Con grande expectacion de todos, en presencia de muchos y entre ellos el mismo Lelio, defendió su causa Galba con tanta fuerza y gravedad, que casi ninguna parte de su discurso fué oida en silencio, y de tal manera logró

mover la compasion, que aquel dia salvó de toda pena á sus defendidos.

»De esta narracion de Rutilio puede inferirse que siendo dos las principales cualidades del orador, la una disputar sutilmente, y la otra conmover los ánimos de los oyentes, lo cual es de efecto mucho más seguro, tuvo Lelio elegancia, Galba fuerza; lo cual se conoció principalmente cuando habiendo dado muerte á muchos Lusitanos contra la fe de los tratados, siendo pretor, le acusó ante el pueblo el tribuno Lucio Libon, y Marco Caton, ya en su extrema vejez, pronunció contra él un largo discurso, que reprodujo en sus *Orígenes* pocos dias ó meses ántes de morir. Entónces Galba, renunciando al derecho de propia defensa é implorando la fe del pueblo romano, le presentó llorando á sus hijos y al de Cayo Galo, cuyas lágrimas movieron á compasion al pueblo, por la reciente memoria de su ilustre padre. Sólo así pudo escapar Galba del suplicio, como dejó escrito Caton en sus *Orígenes*. Del mismo Libon consta que no carecia de facultades oratorias, segun podemos juzgar por sus discursos.

»Habiendo hecho yo una pausa despues de decir esto, preguntó Bruto:

—¿Cuál es la causa de que habiendo tenido Galba tales condiciones de orador, no resplandecen éstas en los discursos suyos que hoy tenemos, ya que nada podemos juzgar de los que nada absolutamente dejaron escrito?

—No es la misma, respondí yo, la causa de no escribir y la de no escribir tan bien como se habla. Vemos que algunos oradores no escriben nada por desidia, para que el trabajo doméstico no se agregue al forense, y la mayor parte de las oraciones se escriben despues de pronunciadas, no para pronunciarse. Otros no trabajan por mejorar su estilo, aunque nada hay que le perfeccione tanto como el escribir, ni se empeñan en dejar á los venideros memoria de su ingenio, ántes creen haber conseguido ya bastante



gloria ó temen que ésta venga á ménos si se divulgan y juzgan sus escritos. Otros piensan que escribiendo no harán nunca el mismo efecto que hablando, y esto les sucede á hombres ingeniosos pero indoctos, como el mismo Galba, á quien por ventura, no sólo el poder de su ingenio, sino cierto calor natural de alma le inflamaba y hacía que su estilo fuese grave, arrebatado y vehemente, pero cuando tomaba la pluma, todo aquel fuego se extinguía, y su discurso resultaba lánguido. Esto no suele acontecer á los que ponen esmero en la forma, y ni hablando ni escribiendo dejan de guiarse por la sana razón. Porque el ardor del alma no puede ser perpétuo, y cuando se apaga en oradores como Galba, toda su fuerza y brillantez desaparece. Por eso el alma de Lelio vive en sus escritos, pero los de Galba son obra muerta.

»Entre los oradores medianos florecieron los dos hermanos Lucio y Espurio Mummio: de uno y otro quedan oraciones. El estilo de Lucio es más sencillo y anticuado: el de Espurio, sin ser mucho más elegante, es más conciso, porque había sido discípulo de los estoicos. Hay también muchos discursos de Espurio Albino y de Lucio y Cayo Aurelio Oresta, que tuvieron alguna fama de oradores.

»También Poblío Pupilio fué buen ciudadano y hablaba no sin elegancia. Su hijo Cayo fué verdaderamente disertó. Y Cayo Tuditano, elegante y culto en toda su vida y costumbres, lo fué también en el estilo de sus discursos. Lo mismo digo de Marco Octavio, ciudadano muy constante en los mayores peligros, el cual con su paciencia quebrantó las iras de Tiberio Graco. Marco Emilio Porcina floreció casi en los mismos tiempos que Galba, aunque era algo más jóven: tuvo fama de gran orador, y fué sin duda buen escritor, según se ve por sus discursos. Es el primero entre los Latinos que quiso imitar la suave armonía de los Griegos, y que limó algo el estilo. Solían oírle con

grande atencion dos jóvenes de mucho ingenio, y casi de la misma edad, Cayo Carbon y Tiberio Graco, de quienes diré algo despues que trate de los más antiguos. Quinto Pompeyo fué por entónces orador no despreciable, y por su propio mérito, no por la nobleza de sus mayores, llegó á las más altas dignidades

»No por la elocuencia sino por otras cualidades de palabra influyó mucho Lucio Casio, hombre popular por la misma tristeza y severidad de su carácter. Cuando propuso la ley *Tabularia* le hizo mucha oposicion Marco Antio Briso tribuno de la plebe, ayudándole el cónsul Marco Lépidio. Y entónces se vituperaba mucho á Escipion el Africano por juzgarse que su autoridad habia llevado á Briso á semejante parecer. Lo cierto es que los dos Scipiones dominaban mucho á sus clientes, tanto por el entendimiento y la palabra, como por la autoridad. Los escritos de Pompeyo no son de estilo muy seco, aunque se propuso imitar á los antiguos y están llenos de prudencia.

»Por el mismo tiempo fué orador muy celebrado Publio Craso, que brilló tanto por el ingenio como por el estudio, y tuvo además maestros dentro de su propia casa, pues estaba enlazado por afinidad con el grande orador Servio Galba, con cuyo hijo Cayo habia casado á su hija, y siendo hijo de Publio Mucio y hermano de Publio Scévola, habia aprendido de ellos el derecho civil. Consta que tuvo mucho arte y mucha gracia para aconsejar y persuadir. Casi de su misma edad eran los dos Cayos Fannios, hijos de Cayo y de Marco. El hijo de Cayo, que fué cónsul con Domicio, dejó un discurso bueno y elegante contra Graco sobre los aliados y el nombre latino. Interrumpióme Atico:

—Pero qué, ¿es de Fannio ese discurso? Porque siendo yo niño, habia sobre esto opiniones muy diversas. Unos decian que habia sido escrito por Cayo Persio, hombre literato y muy docto, si hemos de atenernos al testimonio de Lucilio: otros creian que muchos buenos oradores ha

bian contribuido, cada cual por su parte, á este discurso

—Yo tambien lo he oido decir á muchos ancianos, le respondi, pero nunca he llegado á creerlo, y pienso que la causa de esta sospecha fué que Fannio pasaba por mediano orador, y aquel discurso era el mejor de cuantos entónces se pronunciaron ó escribieron. Pero no puede ser obra de muchos, porque el estilo es todo de una misma mano. Y caso de ser Persio el autor, no lo hubiera llamado Graco, cuando Fannio le echó en cara lo de Menelao Marateno. Y además Fannio nunca pasó por hombre indoc-to. Habia defendido muchas causas, y su tribunado no careció de gloria, aunque seguia en todo la voluntad de Publio Escipion el Africano.

»El otro Cayo Fannio, hijo de Marco y yerno de Cayo Lelio, fué, así en su carácter como en su estilo, mucho más duro. Quería poco á su suegro, porque no le habia recibido en el colegio de los Augures, y además porque Lelio habia preferido para marido de su hija mayor á Quinto Scévola, que era de menor edad que él. Sin embargo, por consejo de su suegro oyó las lecciones de Panecio. Las condiciones de estilo que tuvo pueden juzgarse por su historia, escrita no sin elegancia, aunque tampoco del todo bien.

»El augur Mucio decia, y no mal, lo que pensaba, *verbi gratia*, en la causa de peculado contra Tito Albucio. No se le cuenta en el número de los oradores, pero fué aventajado en el conocimiento del derecho civil y en todo género de prudencia. Lucio Celio Antipatro fué para aquellos tiempos escritor bastante copioso, y docto en el derecho civil, y maestro de muchos, entre ellos de Lucio Craso.

»Ojalá que Tiberio Graco y Cayo Carbon hubieran tenido tanto entendimiento para gobernar la república como ingenio para bien decir. Nadie les hubiera aventajado en gloria. Pero el uno, por su sedicioso tribunado, al cual le habia llevado su indignacion con todos los buenos á consecuencia del tratado de Numancia, fué sentenciado á

muerte por la misma república: y el otio, por su perpétua ligereza en la administracion de los negocios populares, escapó con muerte voluntaria de la severidad de sus jueces; pero uno y otro fueron grandes oradores. Así consta por unánime testimonio de nuestros padres. Tenemos oraciones de Carbon y de Graco, todavía no bastante espléndidas en las palabras, pero agudas y muy llenas de prudencia. Graco, por diligencia de su madre Cornelia, fué educado desde niño en las letras griegas, y tuvo siempre excelentes maestros, entre ellos á Diófanes de Mitilene, que era entónces el más disertor de Grecia. Pero logró poco tiempo para desarrollar y dar muestras de su ingenio. Carbon se dió á conocer durante toda su vida en muchos juicios y causas. Los hombres de buen gusto que le oyeron, y entre ellos nuestro familiar Lucio Gelio, que decia haber sido camarada suyo en tiempo de su consulado, le tenían por orador de voz sonora y flexible, bastante agudo y vehemente y á la par dulce y gracioso. A esto se agregaba el cuidadoso esmero que ponía en los ejercicios y en la preparacion. Tuvo en su tiempo reputacion de excelente abogado, y en su juventud se establecieron las cuestiones perpétuas (porque Lucio Pison, tribuno de la plebe, dió la primera ley sobre la concusion en el consulado de Censorino y Manilio, y este mismo Pison defendió causas, y fué autor á contradictor de muchas leyes, y dejó oraciones que ya se han perdido, y anales bastante pobriamente escritos), y se hicieron tambien reformas en los juicios populares en que tanto solia intervenir Carbon, mediante una ley dada por Lucio Casio en el consulado de Lépidio y Mancino.

»Tambien Decimo Bruto, de vuestra familia, hijo de Marco, solia hablar no de un modo inculto, y era bastante docto en letras griegas y latinas para lo que aquellos tiempos consentian. así se lo oí contar muchas veces á mí familiar el poeta Lucio Accio, que extendia este mismo elogio á Quinto Máximo, sobrino de Lucio Paulo. Y áun dicen

que aquel Máximo Escipion, autor de la muerte de Tiberio Graco, así como fué vehemente en todo, lo era tambien en sus discursos

»Tambien de P Léntulo, príncipe del Senado, que floreció por entónces, cuentan que tuvo la facilidad de decir necesaria para el gobierno de la república Lucio Furio Filon hablaba muy bien el latin, y con más literatura que los demas Publio Escévola con mucha prudencia, cuidado y aún abundancia, y no ménos Marco Manilio El estilo de Apio Claudio era flexible, y á veces encendido y arrebatado No pasaron de medianos Marco Fulvio Flaco, y Cayo Caton, hijo de una hermana de Escipion el Africano Los escritos de Flaco son como de un aficionado á las letras Émulo de Flaco fué Publio Decio, tan turbulento en sus discursos como en su vida

»Marco Druso, hijo de Cayo, que en su tribunado venció á Cayo Graco, tribuno entónces por segunda vez, fué varon grave en letras y autoridad, y lo mismo Cayo Druso su hermano Poca más edad tenía Marco Penno (de tu familia, Bruto), que tambien en su tribunado hizo la oposicion á Graco Fué tribuno en el consulado de Marco Lépido y Lucio Orestes, siendo cuestor Graco Era hijo Penno de aquel Marco que fué cónsul con Quinto Flio Esperaba los más altos honores; pero murió siendo edil

»A estos nombres deben añadirse los de Cayo Curion, Marco Scauro, Publio Rutilio y Cayo Graco De Scauro y Rutilio hay que decir algo, aunque sea brevemente, porque ni uno ni otro tuvieron fama de grandes oradores, aunque los dos defendieron muchas causas No les faltó ingenio; pero sí ingenio oratorio No basta saber lo que se va á decir, sino cómo se puede decir con elegancia y soltura Y aún no basta esto, sino que es necesario que vaya compuesto y aderezado con la voz, el ademan y el gesto ¡Y qué diré de la doctrina y del arte? Sin él, aunque la na-

turalaleza inspire rasgos felices, será por casualidad, y muy de tarde en tarde

»En los discursos de Scauro, hombre de sabiduría y rectitud, advertíase mucha y natural gravedad de tal suerte que no parecía que defendía á un reo, sino que daba testimonio en juicio. Este modo de decir no es muy propio de las causas forenses, pero lo es mucho del Senado, del cual fué príncipe. Mostraba no sólo su prudencia, sino la buena fe, que daba prestigio á sus palabras. Había recibido de la naturaleza lo que el arte no puede dar, aunque sobre esto mismo se hayan querido formular preceptos. Quedan de él oraciones, y tres libros á Lucio Fufidio acerca de su vida, muy útiles aunque nadie los lee. Leen en cambio la vida y educación de Ciro, obra, á la verdad, excelente; pero no tan acomodada á nuestras costumbres, ni tan digna de alabanza como la de Scauro. El mismo Fufidio tuvo alguna reputación de abogado.

»Rutilio se ejerció en un género de elocuencia, triste y severo, aunque era por naturaleza vehemente y acre, lo mismo que Scauro. Y por eso cuando pretendieron juntos el consulado, no sólo acusó el vencido á su competidor de soborno, sino que, absuelto Scauro, llamó á juicio á Rutilio. Grande fué la actividad y laboriosidad de éste, y tanto más de aplaudir, cuanto que vivía ocupado en la tarea de responder á las consultas. Hay de él oraciones en estilo muy árido, y buenos escritos de Derecho. Fué varón docto y sabedor de las letras griegas, discípulo de Panecio, casi perfecto en la disciplina estoica, cuyo estilo es muy agudo y lleno de arte, pero seco y no acomodado á los oídos del pueblo. Además, el concepto que estos filósofos tienen de sí mismos estaba tan arraigado en este hombre, que habiendo sido capitalmente acusado con ser hombre inocentísimo, no quiso tomar por defensores á Lucio Craso ni á Marco Antonio, elocuentísimos varones de aquella edad. Habló él por sí, y algo dijo también en